



UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO.

Trabajo Integrador Final

Producción de subjetividad juvenil en tiempos de redes sociales

Modalidad de presentación: Ensayo

Autora: Acosta Maria Belén

Legajo: A-5376/7

DNI:38.852.657

Docentes del Espacio TIF: Harraca, Florencia y Rios, Soledad.

Docente responsable: Fondato Marianela.

Agradecimientos

Quiero comenzar estos agradecimientos reconociendo que este camino no lo recorrí sola. Llegar hasta aquí fue posible gracias a la presencia, el amor y el acompañamiento de muchas personas que estuvieron a mi lado, y a quienes debo profundamente el haber podido sostener y concretar este deseo tan genuino y profundo: ser psicóloga.

A mis padres, por confiar en mí desde el comienzo, por alentarme a buscar mi propio camino y por brindarme siempre su amor incondicional.

A mi compañero de vida, por su amor, su presencia constante, por ayudarme a encontrar claridad en medio del desorden, por su paciencia y su apoyo incondicional.

A mis tíos, primos y abuelos, gracias por estar presentes, por escucharme con afecto y alentarme con cada palabra.

A mis amigas, que, con su cariño, escucha y empuje, fueron sostén y abrigo en los momentos más desafiantes.

A mi profesora tutora, por su acompañamiento cercano, por su mirada atenta y comprometida. Su guía fue clave para ordenar ideas, encontrar sentidos y dar forma a este trabajo que representa el cierre de una etapa profundamente significativa en mi vida.

A cada una de estas personas les debo parte de lo que soy y de lo que logré. Gracias por ayudarme a construir este sueño que hoy empiezo a habitar desde otro lugar.

Índice

Resumen	4
Producción de subjetividad juvenil en tiempos de redes sociales	5
Introducción	5
Enfoque y maneras de comprender a la juventud	7
Hacia una comprensión contextual de las experiencias juveniles	8
Los aportes de la noción de producción de subjetividad para pensar la problemática	9
Subjetividades en red: lo juvenil en tiempos de conexión constante	10
Reflexiones finales	16
Referencias bibliográficas	18

Resumen

El presente trabajo integrador final asume la modalidad de ensayo y propone una reflexión teórica crítica sobre la producción de subjetividad juvenil en el contexto actual marcado por el uso de las redes sociales, la hiperconectividad y la transformación de los modos de vínculo. A partir de la selección del corpus documental, se problematizan los enfoques tradicionales que conciben a la juventud como una etapa única y transicional, y se reflexiona sobre la potencia de las perspectivas que conciben a las juventudes como una categoría social, histórica y relacional. El escrito articula algunos aportes conceptuales del psicoanálisis, la sociología y la antropología, los cuales permiten indagar y analizar los modos en que las tecnologías digitales participan en los procesos de subjetivación juvenil, modelando formas de desear, narrarse y habitar el mundo. A lo largo del escrito, se enfatiza la necesidad de reconocer que la subjetividad no es un fenómeno individual y ahistórico, sino que se construye al interior de tramas socio-históricas complejas, mediadas por discursos, instituciones y tecnologías. En este marco, en las reflexiones finales se destaca la invitación a repensar las prácticas profesionales desde una ética del lazo, del deseo y de lo situado, reconociendo la potencia de lo singular frente a los discursos normalizantes. Hablar de subjetividad juvenil hoy implica revisar nuestras propias categorías, sostener preguntas abiertas y generar espacios de escucha donde lo singular tenga lugar. Las redes sociales no son simples medios, sino dispositivos que habilitan y restringen formas de ser.

Palabras clave: Producción de subjetividad- Juventud- Redes sociales.

Producción de subjetividad juvenil en tiempos de redes sociales

*En lugar de ideología, prefiero hablar siempre de subjetivación,
de producción de subjetividad.*

Guattari y Rolnik

Introducción

El presente ensayo se propone reflexionar sobre las actuales formas de producción de subjetividad juvenil en un contexto mediado por transformaciones sociales y tecnológicas. El trabajo parte de la afirmación preliminar de que la subjetividad no es una categoría individual y ahistórica sino que se construye al interior de tramas sociales, históricas y culturales que configuran diferentes formas de ser y estar en el mundo en función del tiempo y del espacio; y se organiza en torno a la reflexión y análisis de tres categorías centrales: *juventudes*, *producción de subjetividad* y *redes sociales digitales*, entendidas como dimensiones interrelacionadas que permiten analizar los modos en que se constituyen las subjetividades juveniles en el contexto actual.

La elección de esta temática responde a la necesidad de revisar críticamente las formas tradicionales de pensar la categoría de juventudes, entendida como una categoría universal y homogénea, para asumir una visión que dé cuenta de su complejidad y pluralidad. Esta perspectiva se inscribe en una mirada situada que reconoce a las juventudes como construcciones sociales e históricas atravesadas por condiciones materiales, simbólicas e institucionales específicas.

La categoría de *producción de subjetividad*, tal como ha sido desarrollada desde el psicoanálisis por Silvia Bleichmar (2005), ofrece una herramienta clave para pensar la subjetividad como el resultado de múltiples procesos históricos, sociales y simbólicos. En esta línea, el ensayo propone analizar las formas en que las redes sociales, en tanto actuales dispositivos de subjetivación, participan en la construcción de identidad juvenil, moldeando deseos, emociones e imaginarios, al mismo tiempo que reorganizan el lazo social.

El abordaje se organiza a partir de un recorrido bibliográfico que articula aportes teóricos y conceptuales provenientes de diferentes campos disciplinares, como el psicoanálisis, la sociología y la antropología. Esta articulación permite un abordaje más amplio de una problemática compleja, evitando interpretaciones lineales y parciales, y contemplando tanto las tramas simbólicas como las condiciones materiales que intervienen en los procesos de producción de subjetividad.

En la actualidad y en sentido amplio las formas de experimentar el mundo se encuentran ampliamente mediadas por tecnologías digitales que reconfiguran los modos de habitar el lazo social. En este escenario, las fronteras entre lo íntimo y lo público tienden a desdibujarse, los cuerpos son objeto de constante estetización y las expresiones afectivas adquieren valor dentro de dinámicas de visibilidad y reconocimiento. A partir de estas transformaciones, el presente trabajo se orienta por una serie de interrogantes: ¿De qué manera las redes sociales inciden en la forma en que las juventudes se representan a sí mismas y son representadas? ¿qué tipo de vínculos habilitan o restringen? ¿qué desafíos se presentan para quienes trabajamos en el campo de la salud mental al momento de acompañar estas trayectorias subjetivas?

A lo largo del desarrollo, se explorará cómo las juventudes se constituyen como sujetos en relación con las mediaciones tecnológicas, sin perder de vista su capacidad de agencia, resistencia y creación. El texto se estructura a partir de un diálogo con producciones teóricas clave, el análisis de fenómenos actuales vinculados al uso de redes sociales y una reflexión ética sobre el rol del psicólogo/a en este escenario. Lejos de ofrecer respuestas cerradas, el ensayo pretende invitar a sostener preguntas que contribuyan a pensar las formas contemporáneas de subjetivación juvenil y los desafíos que estas implican para nuestras prácticas como futuros profesionales de la salud mental.

Enfoque y maneras de comprender a la juventud

A lo largo de la historia las representaciones sociales y académicas sobre las juventudes han sido objeto de múltiples enfoques teóricos y disciplinas. Desde la psicología del desarrollo, también denominada psicología evolutiva, la juventud ha sido descrita como una etapa transitoria, universal e individual del ciclo vital, ubicada entre la pubertad y la adultez. Según Fondato (2020), esta concepción transicional adopta dos sentidos complementarios: por un lado, considera a la juventud como una fase universal del desarrollo humano, presente en todas las sociedades y épocas; por otro, la interpreta como un período preparatorio para el ingreso a la adultez. Ambos significados mantienen una relación estrecha entre sí.

En sintonía con lo expuesto, se la concibe como un momento de transformaciones psíquicas y corporales profundas, como una tormenta entre la infancia y la adultez (Brignoni, 2013, P.21). Al respecto, Freud sostiene que “la pubertad impone nuevas metas a la organización sexual infantil, la cual debe sufrir una transformación en favor de la reproducción, lo que implica una serie de nuevos conflictos y reajustes psíquicos” (Freud, 1905/1992, p. 232). Ello distingue su carácter liminal, esa condición de estar entre dos márgenes que articula distintos núcleos conceptuales sobre esta etapa.

Asimismo, este período conlleva un trabajo de duelo, en el cual se ponen en juego tareas fundamentales como la construcción de la identidad, la búsqueda de autonomía y la diferenciación respecto de las figuras parentales. Joshep Knobel identifica tres duelos centrales que atraviesan a la adolescencia: “el duelo por el cuerpo infantil, el duelo por la identidad y el rol infantil, y el duelo por los padres de la infancia” (Knobel,1984, p. 45) considerándolos momentos claves en el proceso de subjetivación juvenil.

En la misma línea, Erik Erikson (1968) plantea que la adolescencia constituye una etapa crítica dentro del desarrollo psicosocial del individuo, atravesada por la búsqueda de una identidad propia. La resolución favorable de esta crisis posibilita la consolidación de una identidad definida y estable, esencial para la integración social del sujeto.

Hacia una comprensión contextual de las experiencias juveniles

Aún reconociendo el valor de las perspectivas biologicistas que comprenden a la juventud como una fase del desarrollo humano y los aportes psicoanalíticos centrado en el análisis los procesos psíquicos compartidos que configuran el mundo interno del adolescente y en los trabajos subjetivos que deben realizarse en esta etapa, resulta necesario reconocer las limitaciones de estos enfoques a la hora de entender a la juventud en tanto sólo dan cuenta de aspectos parciales que no permitirían comprender de manera amplia e integral el complejo entramado juvenil.

En efecto, la juventud no responde a una etapa homogénea y universal, sino que heterogénea y situada que asume diferentes significaciones en función de los contextos sociales, históricos y culturales que la configuran. En este sentido, cabe interrogarse ¿es posible seguir atribuyéndole características esenciales y generalizables? ¿tiene sentido continuar considerándola una condición natural del desarrollo humano? Estas preguntas invitan a repensar los enfoques tradicionalmente asociados para poder comprender de manera amplia e integral los procesos de producción de subjetividad juvenil en el entramado contemporáneo.

Desde esta perspectiva, la juventud no puede ser entendida únicamente a partir de sus transformaciones internas, sino que debe ser abordada también como una categoría social e histórica. Se trata de una construcción situada en el tiempo y el espacio, que reconoce la singularidad de las trayectorias juveniles en relación con las épocas históricas, los vínculos que establecen con sus pares y adultos, así como con las instituciones y los contextos sociales en los que se insertan.

En esta línea, la antropóloga Mariana Chaves propone pensar a las y los jóvenes como:

Actores sociales completos, inmersos en relaciones de clase, de edad, de género y étnicas, cuyo análisis debe abordarse desde una triple complejidad: contextual, espacial e históricamente situada; relacional, es decir, marcada por conflictos y consensos; y heterogénea, reconociendo la diversidad y la desigualdad (Chaves,2010, p. 10).

Esta perspectiva permite superar visiones reduccionistas que tienden a concebir la juventud exclusivamente como una etapa de transición, para comprenderla como una experiencia atravesada por múltiples condicionamientos históricos, culturales y políticos. En este sentido, resulta indispensable avanzar hacia una mirada que contemple la diversidad y la complejidad de las experiencias juveniles, entendidas

como trayectorias singulares influenciadas por los modos en que son nombradas, sus condiciones materiales de existencia, los lugares de procedencia y los procesos sociales que las definen.

Los aportes de la noción de producción de subjetividad para pensar la problemática

La noción de producción de subjetividad permite reflexionar sobre los contextos socioculturales en los que cada sujeto habita, desea y se construye. La psicoanalista Silvia Bleichmar, en *Desmantelamiento de la subjetividad. Estallido del yo* (2009), introduce con claridad el alcance del concepto de producción de subjetividad. La autora enfatiza el carácter productivo e histórico de la subjetividad, concebida como dinámica y condicionada por los contextos sociohistóricos. Sostiene que la subjetividad no es un fenómeno espontáneo ni exclusivo del mundo interno del individuo, sino que se trata de una construcción que se va definiendo dentro de un entramado compuesto por estructuras amplias, determinadas por el contexto social e histórico. En otra de sus intervenciones, Bleichmar aclara:

La producción de subjetividad hace al modo en el cual las sociedades determinan las formas con las cuales se constituyen sujetos plausibles de integrarse a sistemas que les otorgan un lugar. Es constituyente, es instituyente, diría Castoriadis. Quiere decir que la producción de subjetividad hace a un conjunto de elementos que van a producir un sujeto histórico, socialmente viable (Bleichmar, 2009, p. 1).

Estas estructuras no sólo condicionan, sino que también moldean los modos posibles de ser, delimitando los marcos desde los cuales se configura la subjetividad en cada época. La producción de subjetividad, por tanto, no puede pensarse como un fenómeno aislado, sino como un proceso complejo en el que intervienen condiciones materiales, políticas y culturales, que ofician como cauces mediante los cuales la pulsión encuentra resolución en cada tiempo histórico. Desde esta perspectiva, la subjetividad deja de concebirse como un rasgo esencial o fijo, para entenderse como una construcción en constante elaboración, mediada por los discursos, las instituciones y las tecnologías que organizan nuestra relación con el mundo y con nosotros mismos.

La propuesta desarrollada en este ensayo no adopta una concepción esencialista del sujeto, ni se reduce la juventud a una etapa biológica o natural. Por el

contrario, la comprende como una construcción social e histórica, cuyos significados varían según el momento y el contexto cultural en el que se inscribe. Desde esta perspectiva, hablar de juventudes, en plural, permite reconocer la heterogeneidad de experiencias que coexisten en un mismo tiempo histórico, evidenciando que no existe una única forma de ser joven, sino múltiples maneras de habitar ese devenir. Esta pluralidad remite a trayectorias condicionadas por factores sociales, económicos, territoriales y simbólicos, lo cual exige una mirada situada que contemple tanto las condiciones materiales como los procesos culturales que configuran dichas experiencias. Así, la categoría juventudes, en plural, permite dar cuenta de la heterogeneidad de experiencias que conviven simultáneamente en un mismo tiempo histórico, reconociendo que no existe una única manera de ser joven, sino múltiples formas de habitar ese devenir.

Esta caracterización resulta especialmente valiosa para pensar los procesos de subjetivación juvenil en clave situada y crítica, alejándose de las visiones unificadoras. Reconocer que lo juvenil se produce en el entramado de relaciones sociales, atravesado por disputas simbólicas, condiciones materiales y relaciones de poder, permite concebir la subjetividad juvenil como una construcción dinámica y contextual. En este sentido, optar por hablar de juventudes, y no de la juventud, es una decisión teórica que habilita a problematizar las múltiples formas en que los sujetos jóvenes construyen sentidos sobre sí mismos, se posicionan frente al mundo y habitan sus experiencias en el marco de un tiempo histórico determinado.

Subjetividades en red: lo juvenil en tiempos de conexión constante

En continuidad con esta perspectiva, resulta imprescindible considerar el modo en que las transformaciones culturales contemporáneas, particularmente aquellas vinculadas al uso intensivo de redes sociales digitales, inciden en los procesos actuales de subjetivación juvenil. En esta línea, Urresti (2008) sostiene que la cultura juvenil contemporánea se encuentra profundamente interpelada por las tecnologías de la comunicación y por el consumo cultural digital. Estas transformaciones afectan directamente los modos en que los y las jóvenes se representan a sí mismos, se vinculan con los demás y se posicionan frente al mundo. Surge entonces una pregunta clave: ¿cuál es el escenario en el que se configuran las nuevas formas de subjetividad juvenil? Esta interrogación permite contemplar las condiciones sociohistóricas y tecnológicas que inciden de manera particular en los modos actuales de ser joven, evitando interpretaciones esencialistas o atemporales.

En este marco, las redes sociales ocupan un lugar central en las discusiones contemporáneas sobre subjetividad juvenil y han sido objeto de múltiples reflexiones desde el psicoanálisis y otras disciplinas, ahora bien, ¿qué entendemos por redes sociales? Aunque el concepto no es nuevo, surge del campo de la Sociología a fines del siglo XIX para analizar las interacciones entre individuos, grupos y organizaciones, en la actualidad, hace referencia principalmente a sitios web y aplicaciones digitales que operan en distintos niveles (profesional, social o afectivo) permitiendo el intercambio de información y la construcción de vínculos a través de plataformas tecnológicas.

En este escenario de creciente mediatización donde las redes sociales ocupan un lugar central en la vida cotidiana de las juventudes, resulta necesario preguntarse por los modos en que estos entornos digitales intervienen en los procesos de subjetivación. Tal como se viene desarrollando, no se trata de pensar a la tecnología como causa unívoca de malestares psíquicos, sino de abrir el análisis hacia una perspectiva crítica que considere cómo las condiciones culturales contemporáneas, entre ellas el imperativo de conexión constante, configuran nuevas formas de ser y de estar en el mundo.

Ahora bien, ¿qué sucede cuando los discursos que circulan en torno a las juventudes actuales tienden a vincular de forma directa el uso de las redes sociales con ciertos padecimientos psíquicos? ¿qué efectos tiene esa manera de enmarcar el malestar? En los últimos años, se han vuelto frecuentes lecturas que presentan una mirada alarmista sobre el vínculo entre jóvenes y tecnología, donde las redes sociales aparecen casi como causantes directas de síntomas como ansiedad, depresión, falta de atención o insomnio, “El uso excesivo de las tecnologías digitales afecta las funciones del cerebro y la neuroplasticidad de las personas” (Sweryd Bulyk, 2024, párr. 1). Este enfoque parece apoyarse en una lógica causal que deja poco margen para pensar la complejidad de los procesos subjetivos involucrados. ¿Es posible reducir el sufrimiento psíquico a un supuesto uso excesivo del celular? ¿no estaríamos, de este modo, perdiendo de vista las condiciones sociales e históricas en las que dichas prácticas cobran sentido?

En este sentido, el artículo de Sweryd Bulyk (2024), si bien aporta datos que resultan significativos para pensar los modos de habitar lo digital, por ejemplo, en relación con el sueño o la capacidad atencional, también parece inscribirse en una línea que medicaliza ciertas conductas contemporáneas. Si todo malestar que aparece en escena es rápidamente traducido en términos de adicción, ¿no estamos acaso clausurando otras preguntas más amplias sobre lo que ese malestar puede estar expresando? Tal vez no se trate tanto de negar que existan efectos del uso intensivo

de las redes, sino de no apresurarse a interpretarlos como signos inequívocos de una patología.

Otras voces han propuesto miradas diferentes. En el artículo *Los jóvenes y las nuevas tecnologías* (Sotolano, 2019), publicado en la revista *Topía*, se plantea que muchas veces los adultos proyectan sobre los jóvenes sus propias angustias frente a un mundo en transformación. Desde esa perspectiva, se sugiere que las redes sociales, lejos de ser únicamente dispositivos de alienación, también pueden habilitar modos singulares de producción de lazo, de puesta en juego de la identidad, de búsqueda de reconocimiento ¿Por qué seguir insistiendo en leer la presencia juvenil en lo digital como aislamiento o pérdida, sin detenernos a escuchar cómo habitan ellos esas experiencias?

En una línea similar, en una entrevista el Psicoanalista Luciano Luterau (Entrevista a Luterau, 2019) invita a cuestionar algunos de los mitos más difundidos sobre la adolescencia actual: la supuesta falta de compromiso, la superficialidad, la pasividad frente a las pantallas. Según el autor, estas imágenes repiten viejos prejuicios con nuevos disfraces y nos impiden ver que las juventudes contemporáneas no son ni más ni menos complejas que las de otros tiempos, sino que se configuran dentro de coordenadas culturales distintas. ¿No será que muchas de las críticas que se les dirigen hablan más de nuestras propias dificultades para comprender esos nuevos modos de estar en el mundo?

La antropóloga Paula Sibilia ha abordado con lucidez este pasaje hacia una subjetividad cada vez más mediada por la exposición, la visibilidad y la lógica del espectáculo. En *El hombre postorgánico* (2005), pero sobre todo en *La intimidad como espectáculo* (2008), la autora analiza cómo ciertas transformaciones tecnológicas, como la proliferación de redes sociales, no sólo modifican la forma de comunicarnos, sino que inciden en la manera misma de constituirnos como sujetos. Ya no se trata simplemente de “estar conectados”, sino de construir una versión de uno mismo para ser mostrada, consumida y validada por otros. En este marco, cabe preguntarse ¿cómo se juega hoy el deseo de reconocimiento en estos espacios? ¿qué efectos tiene sobre la constitución subjetiva el hecho de vivir constantemente expuestos a la mirada del otro?

Desde esta perspectiva, quizá la pregunta no deba centrarse exclusivamente en sí las redes generan daño o no, sino en cómo se inscriben en los recorridos vitales de cada joven, qué lugar ocupan en su economía libidinal y en sus procesos de simbolización. Como plantea Bleichmar (2009), los dispositivos técnicos no producen síntomas por sí mismos, lo que está en juego es el modo en que éstos se articulan con

las coordenadas singulares de cada subjetividad y con las condiciones socioculturales en las que se insertan.

Pensar la subjetividad como producción y no como algo dado, nos permite desarmar ciertas representaciones esencialistas de la juventud. En lugar de reproducir imágenes simplificadas que asocian automáticamente lo juvenil con el riesgo o la patología, es preciso abrir el juego a otras lecturas que reconozcan la complejidad de los procesos subjetivos. Al sostener que la subjetividad se produce históricamente, se vuelve indispensable interrogar las narrativas dominantes sobre las juventudes actuales: ¿desde qué lugares se habla de los jóvenes? ¿qué tipo de saberes se privilegian para definirlos? ¿y cuáles quedan silenciados?

En muchos discursos institucionales y mediáticos, los jóvenes aparecen contruidos como una alteridad problemática: sujetos en riesgo, sin rumbo, hiperconectados pero solos;

Se describe a los jóvenes como adictos aislados cuasi autistas incapaces de construir lazo social sin ponderar ni entender los ricos lazos sociales que producen en ese espacio virtual. Sin embargo, vale la pena mensurar cómo hay momentos en los que en la distancia de la red se producen niveles de intimidad que el "cara a cara" oculta. (Sotolano, 2010, parr, 20)

Esta tendencia a problematizar la juventud desde una lógica del déficit puede leerse como una forma de disciplinamiento simbólico que, lejos de dar cuenta de la riqueza de sus prácticas, tiende a homogeneizar sus experiencias. En ese sentido, no se trata simplemente de describir lo que los jóvenes hacen, sino de comprender cómo se construyen los sentidos sobre esas prácticas y qué intereses se juegan en dichas representaciones.

Así, la mirada crítica propone desplazar el foco desde los efectos supuestos de la tecnología sobre los sujetos, hacia los modos en que éstos se apropian de los recursos culturales y simbólicos disponibles para construir sus trayectorias. Esta operación implica reconocer a los jóvenes como agentes activos en la producción de sentidos, capaces de reelaborar y resignificar las lógicas impuestas por el mercado o las instituciones. Desde esta perspectiva, las redes sociales pueden pensarse también como espacios de enunciación, donde se despliegan narrativas personales, se construyen pertenencias y se tramitan malestares.

En esta línea, resulta fecundo retomar lo desarrollado por Ana María Fernández (1999) quien plantea la necesidad de construir dispositivos que abran la posibilidad de enunciarse de otro modo, es decir, espacios donde se habilite la

producción de sentido en tensión con lo instituido. “La importancia de abrir visibilidad y, por ende, crear condiciones de enunciabilidad de las dimensiones sociohistóricas de la subjetividad [...] permite ejemplificar sobre el abordaje de criterios multirreferenciales” (Fernández, 1999, p. 235). Esta perspectiva permite pensar que ciertos usos de las redes sociales como, las producciones audiovisuales propias o los intercambios afectivos, pueden constituirse como escenas subjetivantes si habilitan la apropiación de la palabra, el deseo y el conflicto desde una posición singular y situada. En estos términos, las redes no son meramente espacios de alienación tecnológica, sino escenarios simbólicos donde se juegan disputas por la subjetividad y lo común. ¿Podría considerarse, entonces, que determinadas prácticas digitales, como la creación de contenidos, el humor viral, funcionan como formas de subjetivación? ¿acaso no constituyen modos actuales de elaborar conflictos, de generar identificaciones, de narrarse a sí mismos frente a otros?

Lejos de caer en visiones celebratorias o tecnofóbicas, se trata de sostener una lectura situada, que permita atender a las condiciones concretas de existencia en las que estos procesos tienen lugar. Como advierte Mariana Chaves (2010), las juventudes no pueden pensarse por fuera de las coordenadas materiales, afectivas y políticas que configuran sus vidas. En contextos marcados por la precarización, la desigualdad estructural y la pérdida de referentes institucionales sólidos, las redes pueden operar como dispositivos de sostén subjetivo o, por el contrario, intensificar ciertas formas de angustia y desamparo.

En este punto, es necesario volver sobre la noción de lazo social. Si bien desde ciertos discursos se insiste en que las redes debilitan los vínculos reales, diversos estudios han mostrado que, para muchos jóvenes, los vínculos que se establecen a través de plataformas digitales no son secundarios o ficticios, sino constitutivos de su experiencia del mundo. Como señala Marcelo Urresti (2008), el lazo social ya no puede pensarse exclusivamente en términos presenciales, sino que debe comprenderse en su dimensión mediatizada, sin por ello perder de vista la calidad de esos intercambios ni las condiciones que los posibilitan o restringen.

En este marco, el deseo de reconocimiento adquiere formas particulares. La lógica del me gusta, de seguir o del compartir introduce una modalidad de validación que, si bien no es nueva en su estructura, se presenta de manera amplificada y constante. Axel Honneth (1997), retomando a Hegel, sostiene que el reconocimiento es una condición fundamental para el desarrollo de la identidad y la autoestima. Cuando ese reconocimiento queda atrapado en dinámicas algorítmicas que lo tornan cuantificable y efímero, pueden activarse mecanismos de dependencia, comparación o

angustia. Pero también pueden desplegarse estrategias creativas de autodefinición y resistencia.

Por ello, el problema no es la tecnología en sí, sino los regímenes de visibilidad y consumo que configuran las formas de habitar esos espacios. Paula Sibilia (2008) advierte que el espectáculo de la intimidad no implica simplemente una exhibición narcisista, sino una transformación en las coordenadas del sujeto contemporáneo. El imperativo de mostrarse, de construir una imagen vendible y deseable de sí mismo, responde a una lógica cultural más amplia que atraviesa no sólo a los jóvenes, sino a todos los sujetos en el capitalismo tardío.

Este escenario plantea enormes desafíos para quienes trabajamos en el campo de la salud mental. ¿Cómo intervenir sin caer en diagnósticos estigmatizantes ni en idealizaciones ingenuas? ¿qué herramientas teóricas y clínicas nos permiten pensar estas nuevas formas de subjetivación sin reducirlas a categorías preexistentes? Frente a estos interrogantes, el enfoque de la producción de subjetividad ofrece una clave potente: pensar que los sujetos no son portadores de una esencia que se manifiesta, sino el resultado de múltiples procesos de inscripción, de luchas simbólicas, de historias singulares que merecen ser escuchadas en su complejidad.

Asimismo, considerar el carácter múltiple y contradictorio de las juventudes implica revisar también nuestras propias posiciones como adultos, como profesionales, como investigadores. Tal vez sea necesario abandonar ciertas certezas, tolerar la incomodidad y abrir espacios de diálogo genuino con los jóvenes, en los que puedan narrarse desde sus propios lenguajes y experiencias.

En definitiva, hablar de producción de subjetividad juvenil en tiempos de redes sociales no supone oponer la autenticidad del sujeto a la artificialidad de lo digital, sino comprender cómo se entraman, en cada experiencia singular, los discursos, los deseos, las tecnologías y las condiciones históricas que habilitan o restringen modos posibles de ser. Sólo desde esta mirada crítica, situada y abierta al diálogo, es posible pensar intervenciones responsables y sensibles que acompañen los procesos subjetivos sin imponer modelos normativos ni suponer déficits.

Reflexiones finales

A lo largo de este ensayo, nos propusimos problematizar la producción de subjetividad juvenil en el contexto actual, reconociendo su carácter complejo, dinámico y situado. Lejos de explicaciones reduccionistas que anclan lo juvenil en determinismos biológicos o etapas universales, el recorrido permitió visibilizar la trama de discursos, relaciones sociales, tecnologías e instituciones que configuran las formas en que los y las jóvenes se subjetivan hoy. Las redes sociales, en particular, se presentaron no como meros entornos tecnológicos, sino como dispositivos productivos de subjetividad, que habilitan y limitan modos de estar en el mundo, de vincularse, de narrarse y de desear.

En este sentido, pensar la subjetividad juvenil desde una perspectiva crítica nos confronta con la necesidad de revisar nuestras propias categorías y sensibilidades. Como futuras/os psicólogas/os, este recorrido nos convoca a repensar nuestras prácticas profesionales desde una ética del lazo, del deseo y de lo situado. Intervenir en los procesos de subjetivación juvenil implica no solo acompañar el sufrimiento que pueda tener lugar sino también abrir espacios de palabra, de elaboración, de juego y de creación que habiliten la emergencia de otras formas posibles de ser. Supone abrir espacios donde lo singular tenga lugar, donde lo no dicho encuentre un cauce, donde el sufrimiento no sea silenciado ni reducido a una disfunción.

En tiempos donde la hiperconectividad, la saturación de estímulos, la precariedad de los vínculos y la aceleración del tiempo subjetivo, se vuelve urgente recuperar otras temporalidades, otros modos de encuentro, otras formas de comunidad. Es necesario volver a pensar el cuerpo, el deseo, el silencio y la presencia como dimensiones fundamentales del lazo social.

Así, hablar de producción de subjetividad juvenil en la era de las redes sociales no es simplemente identificar malestares de época, sino asumir el desafío de una escucha situada, de una lectura crítica del presente y de una práctica comprometida con la complejidad del lazo social. Implica revisar nuestras propias herramientas teóricas y clínicas, para no quedar atrapados en dicotomías que ya no explican, y muchas veces incluso borran la experiencia subjetiva contemporánea. Lo real y lo virtual, lo individual y lo colectivo, lo íntimo y lo público, se entrelazan hoy de modos inusitados que requieren categorías nuevas o al menos nuevas preguntas.

En definitiva, el mayor desafío puede no ser encontrar respuestas definitivas, sino sostener abierta la pregunta, resistir el cierre, construir condiciones para que emerja lo inesperado; porque si algo nos enseña la juventud es, justamente, la potencia de lo que aún no está del todo dicho, de lo que se está gestando, de lo que

insiste, aunque no encaje en las formas conocidas. Apostar por una mirada crítica, sensible y comprometida con esta potencia es quizás una de las tareas más urgentes que puede asumir la Psicología en el mundo contemporáneo.

Quizás el desafío no esté en encontrar respuestas definitivas, sino en sostener la pregunta abierta, en animarse a escuchar lo que no encaja en las categorías conocidas, en crear espacios donde lo singular tenga lugar.

Referencias bibliográficas

- Bleichmar, S. (2009). Desmantelamiento de la subjetividad. Estallido del yo. Buenos Aires: Paidós.
- Bleichmar, S. (2005). Subjetividad y cultura: Una articulación compleja. Buenos Aires: Paidós.
- Bleichmar, S. (2009). Subjetividad y psiquismo. Universidad Nacional de La Plata. <https://perio.unlp.edu.ar/catedras/wp-content/uploads/sites/156/2022/08/Silvia-Bleichmar-subjetividad-y-psiquismo.pdf>.
- Bleichmar, S. (2009). Sujetos sin sujeto: Sujeto, vínculo social y tecnociencia. Buenos Aires: Paidós.
- Brignoni, S. (2012). Pensar las adolescencias. Editorial UOC. <https://www.editorialuoc.com/pensar-las-adolescencias>.
- Chaves, M. (2010). Jóvenes y territorios de complicidad. Una antropología de la juventud urbana. En M. Margulis, M. Urresti & M. Chaves (Eds.), la juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud (pp. 35–58). Buenos Aires: CLACSO.
- Erikson, E. H. (1985). Sociedad y adolescencia. Mexico: Siglo XXI.
- Fernández, A. M. (1999). Instituciones estalladas. El lugar de la subjetividad y lo grupal. Buenos Aires: Paidós.
- Fondato, M. (2020). La participación juvenil en la planificación y desarrollo de las estrategias de prevención y promoción de la salud (Trabajo Integrador Final de grado, Facultad de Psicología, Universidad Nacional de Rosario).
- Freud, S. (1992). Tres ensayos de teoría sexual (1905). En Obras completas (Vol. VII). Buenos Aires: Amorrortu.
- Guattari, F., & Rolnik, S. (2013). Micropolítica: Cartografías del deseo (2.^a ed., T. Hernández, Trad.). Tinta Limón.
- Honneth, A. (1997). La lucha por el reconocimiento. Por una gramática moral de los conflictos sociales. Barcelona: Crítica.
- Knobel, J. (1984). La adolescencia normal. Un enfoque psicoanalítico. Buenos Aires: Paidós.
- Ranzani, O. (2019, abril 1). Los mitos sobre la adolescencia actual [Entrevista a Luciano Lutereau]. Página/12. <https://www.pagina12.com.ar/208240-los-mitos-sobre-la-adolescencia-actual>.
- Sibilia, P. (2005). El hombre postorgánico: Cuerpo, subjetividad y tecnologías digitales. Fondo de Cultura Económica.

Sibilia, P. (2008). La intimidad como espectáculo. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Sotolano, O. (2010, octubre). Jóvenes y nuevas tecnologías. Revista Topía.
<https://www.topia.com.ar/articulos/j%C3%B3venes-y-nuevas-tecnolog%C3%AD>

Sweryd Bulyk, M. (2024, 5 de febrero). Una vida cada vez más digital: insomnio, problemas de atención y cambios cerebrales. Agencia de Noticias de la Universidad Nacional de Moreno.
<https://anunm.unm.edu.ar/una-vida-cada-vez-mas-digital-insomnio-problemas-d-e-atencion-y-cambios-cerebrales/ANUNM+1ANUNM+1>.

Urresti, M. (2008). Ciberculturas juveniles: Las construcciones de lo público y lo privado en la era digital. Buenos Aires: La Crujía.